

que oimos hablar de ella, y es bajo la forma de nuestro antiguo conocido Geoffrey Hudson, como ella se nos ha aparecido. Ya pasaron de cierto los días de danza del hombrecito.

— Me sorprende Vuestra Magestad; le suplico envíe á buscar á Eduardo Christian, que vive en una casa vieja grande en el Strand, cerca de la tienda de Shaper, el armero. Por mi honor, señor, yo le encargué el arreglo de toda esta chanza, con tanta mas razon, cuanto que él es el amo de la danzarina. Si él ha hecho alguna cosa para deshonorar mi concierto, ó perjudicar mi reputacion, le haré matar á palos.

— Es muy singular, dijo el rey, y lo tengo observado muchas veces, que ese pícaro Christian se lleva siempre la culpa de todo. El hace el papel que se encarga en una casa grande al famoso personage á quien culpan de todos los accidentes y que se llama Nadie. Cuando Chiffinch hace un disparate, acusa á Christian, cuando Selfield escribe una sátira, estoy cierto de saber que Christian la ha correjido ó la ha distribuido. Es el alma condenada de todo lo

que compone mi corte. El macho cabrio, cargado con todas las iniquidades de todos nuestros cortesanos, y tendrá una buena carga que llevar en el desierto. Mas con respecto á los pecados de Buckingham, él es el portador ordinario y regular: — estoy convencido de que Vuestra Señoría cuenta con que Christian padecerá en este mundo y en el otro todos los castigos que tiene merecidos.

— Perdóneme Vuestra Magestad, señor, respondió el duque con respeto, yo no espero ser ahorcado ó condenado por poderes; pero es claro que alguno se atrevió á mudar algo del proyecto que yo concebí. Si he sido acusado ante Vuestra Magestad, pido se haga la acusacion en mi presencia, y un careo con mi acusador.

— Eso es de justicia, dijo el rey, venga aquí el amiguito.

Apartaron á un lado una cubierta de chimenea y se presentó el enano. Ahí está el duque de Buckingham, repita vm., le dijo el rey, la historia que nos ha contado. Digale lo que habia en la caja del violon antes de vaciarle pa-

ra ponerle á vm. dentro. No tema vm. á nadie y diga la verdad con resolucion.

— Permítame Vuestra Magestad decir antes de todo, dijo Hudson, que yo no conozco el miedo.

— No cabe en su cuerpo este sentimiento por lo pequeño, dijo Buckingham, ó la tela es demasiado delgada para que merezca la pena de causársele. Pero veamos que es lo que dice.

Antes que acabase Hudson su relato le interrumpió Buckingham diciendo—: Es posible que Vuestra Magestad haya formado sospechas contra mí sobre la palabra de esa especie de babuino*.

— Lor desleal, yo te llamo al combate, exclamó el hombrecillo trasportado de ira, oyendo que le trataban así.

—¿Lo oye Vuestra Magestad? el hombrecillo ha perdido el juicio completamente. Tiene ánimo para desafiar á un hombre que no pediría mas armas que un alfiler de rizo para pasarle de parte á parte, y que de un

* Especie de mono grande.

puntapie le haria pasar de Douvres á Calais sin barca ni chalupa. ¿Y qué puede esperar Vuestra Magestad de un idiota infatuado por una danzarina, que ha figurado en Gante por la maroma, y cuyos talentos quiere unir á los suyos para presentarse con ella en la feria de San Bartolomé? ¿No es claro que si esta criaturita no es maligna como toda la raza de pigmeos, poseida de la envidia inveterada contra todos los de una estatura regular, suponiendo digo que esto no sea una mentira dicha con malicia y deliberacion, no es evidente que ha pensado eran armas y municiones los cohetes chinos? El no dice que las ha tenido en la mano, y no habiendo hecho mas que verlas, dudo mucho que este hombrecillo viejo y enfermo, sobre todo cuando tiene metida en la cabeza alguna idea extravagante ó alguna prevencion absurda, pueda tener la capacidad necesaria para distinguir una pistola de arzon de una morcilla.

Habiendo excitado la risa de Carlos y de los Señores que le acompañaban los clamores horribles que dió el pobre pigmeo al oír

despreciar así su pericia militar, la prisa con que tartamudeó el detalle de sus hazañas belicosas, los gestos ridículos con que acompañó el relato, la escena que ya era muy extraña tomó visos de ridícula. El rey dió fin á ella mandando al enano retirarse.

Entablóse entonces una discusion mas regular, y Ormond fué el primero que llamó la atención diciendo que el negocio era mas serio de lo que se habia pensado, pues que sir Geoffrey Hudson habia hablado de una conversacion muy particular que indicaba intenciones de traición, y que esta se pasara entre los asalariados del duque de Buckingham, que le habian traído en la caja al palacio.

— Estoy seguro de que el duque de Ormond nunca perderá la ocasion de decir algo en favor mio, dijo Buckingham en tono de desprecio; pero yo le desafio y á todos mis enemigos, y me será facil demostrar que esta supuesta conjuracion, si es que hay el mas leve pretexto para darle tal nombre, no es mas que una intentona contra el odio que justamente se tiene á los papistas por su conspiración con-

tra los protestantes. ¡He aquí un entecillo que para manchar el honor de un par protestante escapa de la cuerda que tan merecida tiene! ¿Y en qué se funda la tal acusacion? ¡en una conversacion de tres ó cuatro músicos alemanes á quienes ha oido por entre las rendijas de una caja de violon, cuando este animal estaba encerrado en ella y sobre el hombro de un mozo de cordel! Ahora pues, en el hecho de contar este arrapiezo, la tal conversacion prueba que entiende tanto el aleman como mi caballo. Pero supongamos ha oido bien, que ha comprendido bien, y referido fielmente esta conversacion, ¿en qué puede comprometerse mi honor por lo que hablan gentes de esta clase, con quienes yo no tengo ninguna otra relacion que lo perteneciente al arte músico. Perdona Vuestra Magestad si digo que los hombres de estado quienes se han esforzado en sofocar la conspiracion de los papistas por la supuesta rebelion del tonel de harina, no se harán mas honor por esta fábula desatinada de la caja del violon.

Miráronse los consejeros unos á otros; Car-

los dió la media vuelta y se paseó á paso largo por el gabinete.

A este tiempo entraron recado al rey de que se hallaban allí los dos Peveril, á quienes habia mandado llamar, y ordenó se les diera entrada.

Habian recibido la orden á tiempo para ellos muy interesante. Despues que los puso en libertad el viejo Bridgenorth del modo y con las condiciones que ha podido inferir el lector segun la conversacion entre el mayor y Christian, llegaron al alojamiento que ocupaba lady Peveril, quien los recibió con tanta mas alegría cuanto que los esperaba temerosa é inquieta. Habia sabido, gracias al fiel Lance-Outram, que habian salido libres; pero su retardo y el rumor que llegó á sus oidos del tumulto del Strand y en Fleet-Street la infundieron vivas inquietudes.

Calmados algun tanto los trasportes de alegría, echando lady Peveril á Julian una mirada significativa, como para encargarle fuese prudente, le dijo que iba á presentarle la hija de un antiguo amigo á quien él no habia visto jamas. Pronunció con ahinco la palabra *jamás*.

—Es, añadió ella, la hija única del coronel Mitford del pais de Gales, que me la tiene confiada por cierto tiempo, no juzgándose en estado de encargarse por sí mismo de su educacion.

—Sí, sí, dijo sir Geoffrey, Dick Mitfort debe ya ser viejo. No le falta mucho para haber visto los tres cuartos de un siglo. Era ya gallo y no pollo cuando se unió en Nampwich con el marqués de Hertford y con doscientos Galeses salvajes. ¡Por san Jorge, Julian, que quiero á esta muchacha como si fuera mi carne y mi sangre! Sin ella no hubiera podido lady Peveril soportar todas sus aflicciones. Y Dick Mitford me ha enviado al mejor tiempo mil piezas de oro, porque apenas quedaban ya en nuestro bolsillo algunas piezas con cruz para impedir bailara el diablo en él, y eran bien necesarias para esta causa del infierno. Me he servido de ellas sin escrúpulo, porque hay madera que cortar en Martindale cuando volvamos allá, y Mitford sabe que habria yo hecho por él otro tanto. Es muy extraño que sea este el único de mis amigos que

haya pensado tendria yo necesidad de algunas piezas de oro.

En tanto que sir Geoffrey se explicaba de este modo, se habian saludado Adelaida Bridgenorth y Julian, sin que hubiese hecho el anciano caballero mucho alto. Sin embargo exclamó. — Dale un beso, Julian, dale un beso. ¡Cómo demonios! te han enseñado así á saludar á una dama en la isla de Man, como si fueran sus labios una herradura hecha ascua*. No se agravie vm., princesa mia. Julian es naturalmente algo tímido, y le ha educado una señora mayor; pero, con el tiempo, le verá vm. un galán tan fino como lo es aun su padre. Y ahora, lady Peveril, ¡la comida! ¡la comida! Es necesario que llene la panza el zorro viejo aunque han corrido tras él los perros todo el dia.

Lance-Outram, cuyas enhorabuenas festivas fué necesario recibir, tuvo el buen juicio de darlas en pocas palabras, para servir á sus amos con mas presteza, una comida sen-

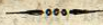
* En este tiempo en Inglaterra se daba un beso á las señoras para saludarlas. — Ed.

cilla pero sustanciosa que habia ido á buscar á una fonda vecina. Julian se puso á la mesa, como encantado entre su madre y su querida. No le costó entonces trabajo imaginar que lady Peveril era la amiga, á quien el mayor habia confiado su hija, y no le inquietaba otra cosa sino pensar lo que diria su padre, cuando supiera el verdadero nombre de Adelaida. Tuvo no obstante bastante prudencia para no permitir que su demasiada prevision turbase su contento. Se dieron muchas señales de gratitud á vista de la madre de Julian, la que no podia tenerlas por malas, y sin que lo viera el anciano baronete, quien, con su alegría ruidosa, habló como dos, comió como cuatro, y bebió como seis. Hubiera llevado tal vez mas lejos sus obsequios á Baco, si no le hubiera interrumpido la llegada de un oficial que le traia una orden del rey para que se presentara luego luego con su hijo, en White-Hall.

Alarmóse lady Peveril, y Adelaida se sobresaltó; pero sir Geoffrey, que nunca veia mas que lo presente á su vista, atribuyó este mensaje al deseo que tenia Su Magestad de felici-

tarle por el feliz desenlace de su causa; interés que de ningún modo extrañaba, visto que él había experimentado otro igual por el rey. Mezclóse su sorpresa con el gozo; porque antes de salir de la sala de justicia se le había dado á entender que haría bien en volverse á su castillo, sin presentarse en la corte: restriccion que suponía tan opuesta con los sentimientos de Su Magestad como con los suyos.

Mientras que consultaba con Lance-Outram sobre el modo de limpiar pronto su cinturón y el puño de la espada, tuyo lady Peveril algun tiempo para informar á Julian de que Adelaida estaba bajo su proteccion en virtud de la autoridad de su padre, el mayor, quien había dado su consentimiento para que se casaran, si podía tener efecto. Añadió á esto que había formado el designio de valerse de la mediacion de la condesa de Derby para vencer las dificultades que pudieran resultar por parte de sir Geoffrey.



CAPITULO XIII.

A nombre del rey lo mando:
Vayan la espada envainando.
SHAKSPEARE. *El Critico.*

Quando el padre y el hijo entraron en el gabinete donde dejamos al rey, era facil ver que sir Geoffrey había obedecido á la orden que se le dió con la prontitud que lo hubiera hecho, si oyese tocar á montar. Los cabellos canos en desorden y los vestidos poco esmera-